

hasta los tiempos más recientes las calumnias de Buchanan han determinado el juicio sobre la desgraciada reina de Escocia (1).

Precisamente un año antes también Isabel había recibido un precioso regalo de su valido Leicester. Era una pequeña pintura, en la que se veía a Isabel sentada majestuosamente sobre un elevado trono, y ante ella a María Estuardo en cadenas e implorando perdón, mientras los reinos vecinos, España y Francia, estaban cubiertos por las olas del mar y Neptuno con muchos príncipes prestaba homenaje a la soberana de Inglaterra (2). Isabel, en efecto, había alcanzado hasta ahora sobre su rival el triunfo de la fuerza y la astucia. El tiempo futuro había de decidir de qué parte se inclinaría al fin la victoria moral.

Si a pesar de la bula de excomunión de 1570 ni en Roma ni en Madrid se preparó una expedición militar contra la reina de Inglaterra, en cambio, los intentos de sustraer al yugo de Isabel la isla vecina al occidente de Inglaterra ya no cesaron durante el reinado de Pío V (3).

Las violencias de Inglaterra en Irlanda habían creado allí poco a poco un estado de cosas intolerable. Por eso ya en 1569 los irlandeses del sur enviaron al arzobispo de Cashel, Mauricio O'Gibbon, con una memoria a Felipe II, la cual estaba firmada por los cuatro arzobispos irlandeses, ocho obispos y veinticinco nobles en nombre de los obispos, señores y ciudades. En ella se exponía que los irlandeses desde hacía más de mil años eran fielmente adictos a la Sede Apostólica, pero estaban llenos de la más profunda aversión a la dominación inglesa, la cual desde Enrique VIII saqueaba iglesias y monasterios, desterraba obispos y religiosos y lo ponía todo en desorden. Rogaban por tanto al rey de España que les diese un soberano propio de su casa (4). El 1.º de marzo de 1570 O'Gibbon escribió también al Papa. Pío V no se mostró adverso al plan, pero hizo notar al punto el modo de ver

(1) Bekker, 276 ss.

(2) Espés a Zayas en 9 de enero de 1571, Corresp. de Felipe II, tomo III, 428. Espés no deja de añadir, que con tales cosas se lisonjeaba a una princesa, que fuera dello vive en harta más soltura que la Jonás de Napoles, ni otras tales.

(3) Pollen en *The Month*, CI (1905), 69-85. Bellesheim, Irlanda, II, 161 ss., 697 ss. Kretschmar, *Proyectos de invasión*, 52 ss.; *Relación de Segá*, *ibid.*, 194-212.

(4) Moran, *Sipicil.*, I, 59 s. Bellesheim, II, 158.

que seguía siendo norma de la política pontificia en la cuestión irlandesa, es a saber, que Irlanda era un feudo pontificio y por tanto los irlandeses no podían procurarse un nuevo señor feudal sino con la previa aquiescencia de la Santa Sede (1).

La política de don Felipe había sido hasta entonces benévola para Isabel, y bastante esquiva para la adversaria de ésta, María Estuardo, porque el encumbramiento de la reina de Escocia, afecta a los franceses, le parecía significar un fortalecimiento de Francia y por tanto un peligro para España (2). Pero Francia estaba ahora debilitada por sus guerras interiores, e Inglaterra había irritado en extremo a don Felipe con sus piratas y con el robo del oro español (3); conforme a esto comenzó a entrar por otros senderos. Verdad es que no admitió la propuesta de O'Gibbon, aunque el 26 de julio de 1570 instó el arzobispo a acelerar la empresa y representó al rey, que más tarde no se podría efectuar con cien mil hombres lo que ahora era fácil de ejecutar con diez mil (4). Pero una primera señal de un cambio de actitud fueron los favores hechos por Felipe II a un aventurero, con el cual también O'Gibbon entabló relaciones entonces en la corte de España, y cuyos fantásticos planes, aunque no todavía en tiempo de Pío V, sino más tarde, fueron funestos para Irlanda y mediatamente para los católicos ingleses.

Tomás Stukely, hijo de un noble de Devonshire, hombre sin moralidad ni principios religiosos, había hasta entonces andado por el mundo en continuos viajes, riñas y aventuras, puesto sus servicios a disposición de casi todos los reyes cristianos, acomodándose a todo cambio de religión en Inglaterra y con ello sabido siempre magistralmente sacar dinero para sus prodigalidades y excesos, pues en su primera presentación lograba Stukely ganarse a casi todo el mundo. Durante algún tiempo ejerció el lucrativo oficio de pirata en las costas de América, y después de haber sido apresado, escapó de la horca que tenía bien merecida, por la inter-

(1) Bellesheim, II, 160. Ya Felipe II y María Tudor habían reconocido los derechos de la Santa Sede sobre Irlanda, pues aceptaron la bula de Paulo IV, de 7 de junio de 1555, en la cual el Papa dice de Irlanda:... *illius dominium per Sedem praedictam [la Sede Apostólica] adepti sunt reges Angliae*, y luego eleva a Irlanda a reino *sine praedudicio iurium ipsius Romanae ecclesiae*. *Bull. Rom.*, VI, 489 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XVI, 178.

(3) Cf. arriba, p. 173.

(4) Bellesheim, II, 159.

cesión de Shane O'Neill y continuó luego en Irlanda su antigua manera de vivir, provisto de recomendaciones de Cecil, Leicester y Pembroke. Isabel le favoreció al principio; y cuando le perdió el afecto, tomando Stukely una presta resolución, navegó para España a fin de consagrar su espada a la liberación de la Irlanda católica en servicio de don Felipe.

Este no pensaba en la conquista de Irlanda, pero las continuas usurpaciones de Isabel sentíalas como incesantes pinchazos; estaba por tanto muy inclinado a encenderle en desquite un fuego mayor o menor en Irlanda. Por esta causa hizo venir a Madrid a Stukely y le colmó de dinero y honores. Los efectos de esto se dejaron sentir pronto en Londres en tal grado, que don Felipe tuvo por bien hacer apaciguar a la reina por una carta de su secretario Zayas y enviar a Stukely con don Juan de Austria contra los turcos. Allí se hallaba en su lugar el temerario valentón; señalóse mucho en la batalla de Lepanto y con ello adquirió buen nombre hasta entre las personas eclesiásticas. Parecióle ahora Roma un campo fácil de beneficiar; visitó allí descalzo las principales iglesias, y al paso que antes solicitó inútilmente de Pío V que le levantase la excomunión que había bien merecido por su vida anterior, alcanzó ahora pronto en la Ciudad Eterna tanto aprecio, cuanto lo había gozado antes con Isabel o con Felipe II. El 1.º de diciembre de 1571 el cardenal secretario de Estado escribió a Bonelli, que se hallaba en Madrid, que el Papa había oído con agrado los planes de Stukely; que la responsabilidad de la empresa se había de dejar ciertamente por entero al rey de España, pero que el Papa no tenía inconveniente en que se efectuase en su nombre, si el rey no quería que se le nombrara como autor (1). Don Felipe rechazó la propuesta. Como ya antes en la carta tranquilizadora de Zayas a Isabel había hecho negar que el aventurero tuviese la capacidad y los conocimientos necesarios para la empresa de Irlanda (2), así ahora calificó otra vez de irrealizables los planes de Stukely (3). Dejóse, pues, de acometer la empresa de Irlanda durante la vida de Pío V, para volverse a intentar de una manera desgraciada siete años más tarde.

(1) Pollen, loco cit., 74 y Engl. Cath., 192 ss.

(2) Pollen en The Month, 1905, 72 s.

(3) Castagna en 11 de enero de 1572, ibid., 74.

VII. La política religiosa del emperador Maximiliano II y su protesta contra la elevación de Cosme I a gran duque de Toscana. Confusión religiosa en Austria. Conatos de reforma y restauración católica en Alemania, principalmente en Baviera y en los principados eclesiásticos.

I

La actitud religiosa de Pío V, así como todo su carácter eran radicalmente distintos de los del emperador Maximiliano II. Claro, resuelto, enemigo declarado de toda simulación y falsedad, y al mismo tiempo profundamente penetrado de la verdad de la fe católica, veía el Papa la salud únicamente en la fe. Por eso velaba con inflexible severidad por la conservación de la pureza de este sumo bien. Cualquiera conciliación en cuestiones dogmáticas estaba para él excluída por sus convicciones católicas. El emperador al contrario, hábil político, versado en todas las artes de una diplomacia llena de doblez, en las cosas de la religión estaba en extremo falto de claridad, era vacilante y ambiguo (1). Con su celo por la pacificación de sus Estados se le escapaba enteramente, que el que rechaza aunque no sea más que *una sola* doctrina de la Iglesia, deja de ser católico. Maximiliano asistía ciertamente a misa y durante algún tiempo tuvo por predicador en la corte al buen católico Martín Eisengrein. Pero cuando éste terminó un

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 210 s., donde están reunidas y apreciadas las obras modernas sobre la conducta religiosa de Maximiliano.